

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo II. Memoria

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después: tomo 2, memorias / Mafalda Galdames Castro... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry ; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Tomás Moulian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-771-0

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Galdames Castro, Mafalda. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Moulian, Tomás, pref.

CDD 983

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Arte de tapa: Villy



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo II: Memoria (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo II ISBN 978-987-722-771-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. “Memorias” de la Unidad Popular	11
<i>Tomás Moulian</i>	
En esas horas	13
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
Agradecimientos	15
La vía chilena al socialismo. 50 años después.....	17
<i>Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez</i>	
Historia y economía	
Memorias rebeldes. El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile.....	29
<i>G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.</i>	
Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores	45
<i>Héctor Vega</i>	
Cabañas a la orilla del mar. Una promesa de la Unidad Popular	61
<i>Valentina Rey Domínguez</i>	
Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente.....	79
<i>José Miguel Carrera Carmona</i>	
La vida de un Cordón Industrial.....	89
<i>Miguel Silva</i>	

La batalla educacional

Un sueño inconcluso 117
Carmen Vargas Torres

Las Brigadas Ramona Parra.....139
Alejandro “Mono” González

Luchando por educación “para todas y todos”. La visión educacional
de la Unidad Popular y de Salvador Allende 155
Beatrice Ávalos

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más..... 175
Zabrina Pérez Allende

Políticas de cambio educativo en Chile. Allende entre Frei y Pinochet.....189
Marcela Gajardo

La reforma agraria

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular 207
Oscar Torres Rivera

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa.
La capacitación campesina en la Reforma Agraria
de la Unidad Popular 227
Rolando Pinto Contreras

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación
cotidiana 247
Sergio Gómez Echenique

Radicalidad agraria de la Unidad Popular.
Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur 263
Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek

Mujeres en lucha

Evocando la Historia.....	285
<i>Francisca Rodríguez Huerta</i>	
Mis memorias.....	305
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
El Ministerio que no fue.....	321
<i>Carmen Gloria Aguayo</i>	
Memorias de una mujer campesina.....	333
<i>Alicia Muñoz Toledo</i>	
Desde La Victoria a la victoria. Memoria de una militante pobladora.....	345
<i>Yolanda Álvarez</i>	
Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular	353
<i>Militza Meneses López</i>	

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia	373
<i>Jaime Gazmuri Mujica</i>	
Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria. El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica	391
<i>Carlos Méndez Contreras</i>	
El MAPU desde Lota.....	409
<i>Tito Gutiérrez Contreras</i>	
Un hombre llamado <i>Fernando</i> . Memorias irreverentes en torno a los orígenes del MAPU, la Unidad Popular y la militancia de Juan Pablo Schroeder (1968-1973)	421
<i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	

La crisis del MAPU. Cómo y de qué manera se divide
a un partido de izquierda..... 437
Oscar Guillermo Garretón,
en colaboración con revista Punto Final

Miradas extranjeras

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular481
Graham E. L. Holton,
en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte,
ni educación popular, ni solidaridad internacional),
o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973 497
Norma Stoltz Chinchilla

La visión chilena medio siglo después 515
Ronald H. Chilcote

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974..... 529
Joan Domicelj

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos.
Entrevista com Joana Salém Vasconcelos, São Paulo, agosto 2018545
Almino Affonso

Três anos de exílio no Chile ensinaram
o que é um processo revolucionário557
Zillah Branco

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo.
La Revolución Chilena desde abajo573
Peter Winn

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 589

Cabañas a la orilla del mar

Una promesa de la Unidad Popular

Valentina Rey Domínguez

“Mi mamá se sentaba en la arena, miraba el mar y decía: estas sí que son vacaciones. Primera vez en la vida que tengo unas vacaciones así”, rememora Nelly Andrade con emoción y una nostalgia que parecieran transportarla a ese momento exacto en el que por primera vez disfrutó del mar (entrevista personal, 21 de mayo de 2020).

Tenía 18 años cuando en enero de 1972 veraneó en las grandes cabañas de color café ubicadas en la playa de Tongoy, en la nortina región de Coquimbo, uno de los tantos balnearios populares construidos durante el gobierno de Salvador Allende. Su familia nunca había ido y nunca más volvió a ir a aquellas cabañas.

Pero no importó. Disfrutó tanto esos 15 días de verano con sus cuatro hermanas, su padre, madre y Gerardo, el joven dirigente de la Central Única de Trabajadores (CUT) que conoció al segundo día de su llegada al complejo vacacional. Gerardo Rubilar Morales tenía 24 años, militaba en las Juventudes Comunistas y era el encargado de abastecimiento de los balnearios populares. Viajaba todo el verano de balneario en balneario repartiendo la mercadería para los veraneantes. Fue amor a primera vista. Andrade se enamoró apenas vio

al hombre de un metro setenta y cinco, espalda ancha y voz fuerte. Fue el inicio de una intensa, dura y hermosa historia de amor.

La familia de Nelly era muy activa políticamente, de tradición y militancia socialista. Celebraron el triunfo de Allende y la Unidad Popular (UP) como si fuera un triunfo propio. Por eso su padre fue tan responsable con la oportunidad de veraneo que se les ofreció. Él trabajaba en la compañía de electricidad Chilectra y fue un compañero quien le cedió su puesto para el verano de 1972. El año siguiente, cuando Andrade fue seleccionado por su sindicato, él rechazó la invitación.

De alguna forma eso era la UP, un movimiento social y político que transformó la vida de las personas. La vía chilena al socialismo pasó de ser un sueño, una bandera de lucha, a una realidad. Luego de tres derrotas como candidato a la presidencia, Allende llegó a La Moneda en 1970 acompañado por los partidos políticos de izquierda que levantaron su candidatura, pero, sobre todo, llegó al gobierno con las y los trabajadores, con los estudiantes, con los Centros de Madres y las Juntas de Vecinos, entre tantas otras organizaciones populares.

Sin embargo, llegar al socialismo no era una tarea fácil. Allende y quienes lo apoyaban sabían que no bastaba con estar en el poder. Sabían que era necesario crear las condiciones para transitar hacia un Estado socialista y las “40 primeras medidas” del programa de gobierno buscaban sentar esas bases. Miguel Lawner, arquitecto y hombre cercano a Salvador Allende, recuerda que el proyecto de la UP comenzó como un esfuerzo grupal con verdadero compromiso voluntario, asumido con cariño y trabajo. Todo paso que daban era de la mano de organizaciones sociales, de trabajadores y partidos políticos.

A través del esfuerzo colectivo, las primeras 40 medidas se concibieron a partir de largas sesiones de trabajo, en las que participaron grupos de profesionales junto a quienes habían levantado el proyecto de la UP desde sus inicios. En esas instancias se elaboraron propuestas que luego fueron presentadas ante organizaciones sociales, sindicales, poblacionales, Centros de Madres y partidos políticos,

entre otros. Ellos, a su vez, debían hacer sugerencias, incorporar nuevos puntos o rechazar las ideas iniciales. Y fue en una de aquellas reuniones donde se creó la medida N° 29: Educación Física y Turismo Popular.

Arturo Martínez, entonces militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), partido que integró la UP, y presidente de uno de los sindicatos del cordón industrial de Vicuña Mackenna en Santiago, recuerda que el derecho al descanso no alcanzó a ser una demanda de las y los trabajadores, porque fue una propuesta impulsada por la CUT que Allende asumió de forma inmediata en aquellas sesiones de trabajo. “Los sindicatos se incorporaron de forma activa en colaborar. Había mucho trabajo voluntario para armar el proyecto”, explica Martínez en una entrevista personal el 31 de marzo de 2020.

La promesa

Quién se hubiese imaginado que, en 19 concurridas playas de Chile, el presidente Salvador Allende instalaría complejos vacacionales para las y los trabajadores del país. Sin que nadie lo esperase, las Villas de Turismo Social, reconocidas socialmente como la medida de los “balnearios populares”, nacieron de los primeros decretos del presidente recientemente electo.

Para las familias que tenían los recursos para salir de vacaciones todos los veranos, eran solo unas cabañas a la orilla del mar, pero para las y los obreros no eran una mera construcción. Aquellos complejos turísticos representaban el reconocimiento del esfuerzo de todo un año; eran tiempo para compartir con sus familias, para descansar y olvidarse por unos días de sus responsabilidades cotidianas; solo debían pagar una modesta suma de dinero, aproximadamente 10 escudos por 15 días de descanso. Si bien el nivel de inflación de aquella época no permite hacer un estimado confiable de la equivalencia de

10 escudos hoy, para fines de 1972 el salario mínimo en Chile era de 122 dólares, equivalente a 2.390 escudos.

El 5 de septiembre de 1970, Allende prometió crear una nueva sociedad. La vía chilena al socialismo no se quedaba solo en el cambio al modelo económico, sino que era un cambio a la estructura completa de la sociedad. Y entre aquellas promesas de la UP, se asomaba de a poco el derecho al descanso.

Así fue como más de 20 mil trabajadores a lo largo de todo Chile tuvieron la oportunidad de disfrutar de 15 días de veraneo. Tres años duró la medida N° 29, que permitió crear 19 recintos vacacionales para las y los trabajadores junto a sus familias en diferentes playas del país. Era una oportunidad a la que tenían que optar a través de sus sindicatos, Centros de Madres y Juntas de Vecinos.

La promesa de Allende se materializó rápidamente en las icónicas cabañas de techos cafés y forma de “A”. Eran amplias, livianas y de fácil construcción, lo que permitió que para el verano de 1971 algunos complejos vacacionales recibieran a más de 100 familias expectantes para lo que serían sus primeras vacaciones en la playa, con todo incluido. Durante el resto del año, las cabañas servían como espacio de reunión para sindicatos y organizaciones sociales, y también como un lugar de formación para estas, liceos, universidades y partidos políticos.

“Los trabajadores veían con bastante simpatía y aprecio las actividades del gobierno popular, porque estaban dirigidas a personas que habían sido ignoradas por muchos años, que nunca habían sido reconocidas y por primera vez se buscaba la forma de incorporarlos”, relata Arturo Martínez.

Levantando cabañas

Durante aquellos años, la CUT, como máxima organización de representación y articulación sindical, trabajó directamente con el gobierno. En más de una ocasión Allende nombró este período como

la “República del pueblo trabajador” y de a poco, aquel compromiso se fue materializando. A la par con la construcción de los primeros balnearios, en enero de 1971 se comenzaron a dictar las primeras escuelas sindicales apoyadas por el Estado.

Para entonces las vacaciones no eran un derecho asegurado, sino más bien un beneficio que algunos sindicatos habían acordado con sus empleadores. Solo unos pocos lograron crear complejos vacacionales para su uso particular. Sin embargo, la medida N° 29, “Educación Física y Turismo Popular” (Programa 40 medidas de la Unidad Popular, 1969) rompía con aquella exclusividad y le ofrecía la oportunidad histórica a las y los trabajadores, junto a sus familias, de veranear en un complejo de cabañas turísticas totalmente equipadas, con actividades recreativas diarias, todas las comidas del día y lo más importante para varias familias y trabajadores: frente a la playa. En 1971 conocer el mar era un sueño inalcanzable para muchas personas y por primera vez en la historia, un gobierno convirtió aquel sueño en una garantía.

Una vez iniciado el gobierno de Allende, el 4 de noviembre de 1970, 39 de las 40 primeras medidas del programa fueron acogidas por distintos ministerios para su puesta en marcha. La medida N° 29 quedó huérfana.

“Nadie sentía que tenía que asumir esa responsabilidad, pero no pasaron ni diez días cuando Allende llama al ministro de Vivienda y Urbanismo, Carlos Cortés, y le pregunta por los balnearios”, recuerda entre risas Miguel Lawner (entrevista personal, 14 de abril de 2020), entonces director ejecutivo de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU). De inmediato, el ministro Cortés, que no había participado en la elaboración del programa y no tenía idea de aquel proyecto, armó un equipo.

Con la misma rapidez con la que Allende ordenó dar inicio al proyecto, el 20 de noviembre de 1970, Cortés creó la Comisión Coordinadora del Plan de Balnearios Populares. El 23 de diciembre del mismo año, Allende solicitó la autorización al Ministerio de Bienes Nacionales para tomar posesión de terrenos fiscales y construir ahí los complejos vacacionales.

La intención del S. Gobierno de realizar, a la mayor brevedad un plan de Balnearios Populares que posibilite el descanso anual de los trabajadores y sus grupos familiares, en forma sana y digna y con iguales oportunidades para todos (Decreto 755).

Dentro de la comisión coordinadora, Cortés definió que la planificación y la construcción de los balnearios populares le correspondían a la Dirección de Planificación del Equipamiento Comunitario (DIPEC) del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. En poco tiempo la DIPEC tenía todo organizado: el proyecto se financiaría a partir del presupuesto nacional, mientras que los talleres de arquitectura del Ministerio de Vivienda y Urbanismo diseñarían una maqueta de los balnearios.

Aquella propuesta consideraba la construcción de las cabañas con paneles prefabricados en madera de pino, porque así serían más livianos para su transporte (Lawner, 2018). El Ministerio de Vivienda y Urbanismo realizaba reuniones periódicas entre sus distintas entidades dependientes, donde se iban informando los avances de los diferentes proyectos, entre esos el de los balnearios.

Entre fines de noviembre y los primeros días de diciembre de 1970, el presidente inició el proceso para la creación de los balnearios populares. Las primeras cabañas fueron inauguradas a fines de enero y principios de febrero de 1971.

La medida N° 29 incluía el mar

Los sitios para instalar los complejos vacacionales fueron seleccionados según la disponibilidad de los terrenos en manos de Bienes Nacionales, pero siempre considerando la petición personal de Allende: para las y los trabajadores, lo mejor. Por lo tanto, se buscaron terrenos en las mejores playas del país. Probablemente no fue una tarea fácil, puesto que Chile cuenta con 6.435 kilómetros de costa frente al Océano Pacífico. Sin embargo, finalmente se decidió construir los primeros veinte balnearios en Arica, Iquique, Mejillones, Chañaral,

Coquimbo, Tongoy, Los Vilos y Pichidangui, en el norte; en Pichicuy, Puchuncaví, Loncura, Ritoque, Las Cruces, Santo Domingo y Lago Rapel, en la zona central; y en Llico, Duao, Pelluhue, Tomé y Lota, en el centro-sur del país. Para febrero de 1971 ya eran 13 los balnearios que estaban recibiendo a las primeras familias que viajaban desde distintas partes del país para disfrutar sus 15 días de descanso.

En la cuenta pública anual del 21 de mayo de 1971, el presidente Allende comunicó que durante ese año serían 13 los recintos vacacionales habilitados, pero seguirían trabajando para completar los 20 balnearios prometidos dentro de la primera etapa. El resto de las construcciones, incluyendo la precordillera como lugar de veraneo, se proyectaba que estarían listas a finales de 1973, pero el golpe militar dejó todo trunco. En aquel discurso Allende fue muy enfático al decir que era necesario que el turismo renunciara a su carácter de actividad de élite “a la cual han tenido acceso (...) solo las minorías con capacidad económica suficiente para poder pagar un turismo de lujo” (Montalva, 2017). Desde ese momento y pensando en el futuro, dijo, las vacaciones serían un derecho asegurado.

Ese mismo año en Quillota, Región de Valparaíso, María Angélica Barrientos, de familia tradicional cristiana, pero con consciencia social, decidía que no podía mantenerse al margen de las transformaciones sociales. “Durante los primeros años de la Unidad Popular empecé a percibir que la juventud también tenía participación política y que una joven sin militancia no podía estar realmente insertada en lo que era el compromiso con el trabajo de Salvador Allende”, recuerda Barrientos (entrevista personal, 11 de octubre de 2019). Con 19 años, la estudiante universitaria decidió ingresar al MAPU.

Durante ese año trabajó en tareas de alfabetización en un campamento en Valparaíso y recuerda que la gente no se imaginaba cómo podía ser el proyecto de los balnearios. “Lo conversábamos en el campamento con los grupos organizados y ahí pensaban que era muy inalcanzable para ellos, pero cuando se vio que todo era tan rápido, organizado y que era cuestión de subir a los buses y partir, fue increíble”, cuenta Barrientos.

En 1972, mediante el decreto 1.289 se modificó la Ley 800 de Tierras y Colonización del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, con el objetivo de reglamentar el uso de los terrenos fiscales ocupados por los balnearios populares. Esta sección, dirigida específicamente a la medida N° 29, tenía como objetivo “obtener una mejor y más racional distribución y planificación del uso del suelo, para fomento y atribuciones de la Dirección”.

La derecha se opuso al proyecto, acusando al gobierno de apropiarse de terrenos de forma ilegal. Sin embargo, la mayoría de aquellas cabañas se levantaron en tierras fiscales, es decir, pertenecientes al Estado, que mediante el departamento de Bienes Nacionales del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, le entregó los sitios a empresas privadas y sindicatos de construcción de cada región para que instalaran las cabañas. En tanto, los terrenos pertenecientes a privados fueron adquiridos bajo la Ley Orgánica de la Corporación de Mejoramiento Urbano de 1966; esta permitía disponer, expropiar y comprar terrenos “que sean necesarios para la ejecución de proyectos de desarrollo y mejoramiento urbano” para su uso público.

Los diarios se llenaron de columnas de figuras de la derecha expresando su molestia y preguntándose ¿qué vendría después de esto? No tardó en aparecer la propaganda negra, que decía que la UP ocuparía las casas privadas de veraneo para construir ahí las Villas de Turismo Social. La gente se alteró, pero nadie tomó las casas y probablemente nadie consideró esa posibilidad.

Pese a los cuestionamientos, la construcción siguió adelante. Algunas empresas privadas de las zonas donde se instalarían las cabañas se adjudicaron la tarea de levantar los complejos vacacionales bajo la supervisión de la DIPEC. Mientras, la Dirección de Turismo se haría cargo de la administración de los balnearios y su equipamiento.

La Consejería Nacional de Desarrollo Social asumió la labor de seleccionar a los grupos de trabajadores que irían a los balnearios, los que cada verano recibían aproximadamente a 500 personas en total. El objetivo era que salieran de sus ciudades y conocieran el país, y

por lo mismo el destino de las vacaciones no eran las playas que les quedaran más cerca. Todo este trabajo fue apoyado por las Juntas de Vecinos, Centros de Madres y sobre todo por la CUT. Esta última tenía la responsabilidad de entregar el listado de las y los trabajadores pertenecientes a sus sindicatos afiliados que se beneficiarían de las vacaciones, además de dotar con mercadería las cabañas, contratar personal para la cocina de los balnearios, los equipos de monitores que realizarían actividades de recreación durante los días de verano, y conseguir los buses para transportar a las familias. Aquello quedó a cargo del departamento juvenil de la CUT, que tenía una oficina especial para cumplir con esta medida; sin embargo, el trabajo siempre se realizó en conjunto con la DIPEC.

El gobierno tenía la intención de traspasar la propiedad de los complejos vacacionales a la multisindical. Es más, se iniciaron los trámites para dicho traspaso, pero había un problema con los estatutos de la multisindical que le impedía hacerse cargo legalmente de los terrenos.

Veranos con “todo incluido”

Cada complejo vacacional tenía la capacidad para recibir a 500 personas por temporada de verano, desde diciembre hasta febrero. Dependiendo del tamaño de los terrenos, se construyeron entre seis y diez cabañas con forma de “A”. Cada una tenía seis camas (a veces incluían camarotes) y se podían agregar hasta dos más, dependiendo de las familias, que se consideraban de forma completa: padres, madres, abuelos e hijos.

A petición del presidente Allende, los comedores fueron construidos para el uso colectivo. Así las familias podían compartir durante las comidas y además se evitaba que las mujeres, como era habitual, quedaran a cargo de cocinar en sus cabañas. De eso se ocupaba el personal contratado por la CUT y las organizaciones a cargo de los balnearios.

Las universidades y las juventudes de los partidos políticos que integraron la UP crearon grupos de voluntariado para el trabajo de monitores, quienes estaban a cargo de supervisar que se cumplieran las normas. Pero, sobre todo, eran ellos quienes organizaban las actividades que se realizaban durante la jornada. Se pegaron afiches de estencil a lo largo de todo el país informando sobre los balnearios populares e invitando a la juventud a formar parte de los equipos de monitores.

María Angélica Barrientos, estudiante de pedagogía en artes plásticas, fue una de esas jóvenes que trabajó como monitora en el balneario de Las Cruces, en la zona central del país, en el verano de 1972. Era, además, un trabajo remunerado. “Fue el primer dinero que gané (...) Tuvimos cursos intensivos para entrar a los balnearios. Yo lo hice en un lugar cerca de Rancagua [zona centro-sur del país], una casa de fundo donde se juntó a muchos jóvenes y nos fuimos preparando; había militantes de partidos políticos, independientes y extranjeros también”, cuenta con un dejo de nostalgia.

Si bien no se podía escoger a qué balneario ir a trabajar, sí se podía decidir el área al que querían pertenecer: arte, artesanías, periodismo, deporte, u otras. Principalmente el rol de los monitores en los balnearios consistía en realizar actividades diarias para entretener a niños, niñas, jóvenes y adultos. María Angélica se integró al área artística.

Recuerdos del mar

Entre diciembre de 1970 y enero de 1971, el municipio de Santo Domingo, en la costa central, le traspasó un terreno fiscal de 11 hectáreas, ubicado en Gran Avenida Phillips N° 2, al Ministerio de Vivienda para la construcción de un balneario popular. El sitio olvidado por los habitantes de la comuna, encerrado entre un camino de tierra, el humedal del Río Maipo y el mar, se preparó rápidamente

para recibir a cientos de familias que se disponían a pasar un verano feliz en febrero de aquel año.

La pequeña playa del litoral central que parece una isla entre todas las comunas que bordean la costa, por su acceso complejo, pero, sobre todo, por la exclusividad económica del sector, sorprendió a sus habituales adinerados veraneantes. Con espanto descubrieron que tendrían que compartir el mar con trabajadores de diferentes partes del país durante los meses de verano en que iban y venían las y los nuevos vecinos. De un día para otro, ese mar que creían que les pertenecía bañaría a cientos de familias obreras con su prole.

Las seis cabañas en A, de techos café oscuro apoyadas en los paneles de madera, ubicadas entre pinos y arbustos, fueron testigos de la sorpresa que se llevaron las familias al bajar de los icónicos buses azules Castro Caride-Pegaso que transportaban a las y los trabajadores. Descendían las familias completas, abuelos, mamás, papás, niños y niñas; algunas incluían a sus primos o sobrinos, y así todos juntos esperaban tranquilamente que los monitores les asignaran una cabaña mientras no le quitaban los ojos a ese mar oscuro.

Por primera vez veían el mar explotando en las rocas y espumando sobre la arena negra. La expectativa crecía cuando se encontraban de frente con las seis enormes cabañas, de madera barnizada, con diez piezas cada una y con capacidad para diez personas por habitación. Cada familia se instalaba en una pieza que tenía dos o tres literas y una cama de dos plazas. Eran las familias las que decidían si poner algún tipo de decoración mientras durara su estancia. La cocina y comedor eran construcciones simples pero amplias, que se ubicaron a pocos metros de los bloques de cabañas.

En Santo Domingo el comedor tenía vista al mar. Nadie se cansaba de verlo, de escucharlo; sobre todo los niños, que podían pasar horas a la orilla de la playa haciendo castillos y túneles. Si bien Chile es angosto, y a su larga costa se puede llegar desde cualquier punto del país en un par de horas, eran miles los trabajadores que nunca habían visto el mar.

Miguel Lawner fue un fin de semana a conocer el balneario de Santo Domingo. Llegó un sábado y se fue el domingo por la tarde. Justo le tocó compartir con trabajadores de la fábrica textil Progreso. Si bien él sabía en qué consistía este proyecto, quedó impactado. “No había cómo sacar a los niños del agua. La gente estaba muy feliz; fue un éxito muy significativo”, recuerda.

Todos los balnearios contaban con la misma logística. Podía variar el número de habitaciones de las cabañas, que dependía de la capacidad del terreno. Para Nelly Andrade, aquellas cabañas eran todo un misterio antes de conocerlas. Su familia fue invitada por un amigo de su papá, que le ofreció que fueran ellos en su lugar. No lo pensaron dos veces, prepararon los bolsos, trajes de baño, las sábanas y partieron a conocer las cabañas en el balneario de Tongoy.

“Hasta ese momento no sabíamos lo que eran las cabañas. Habíamos visto en las películas que eran casitas chiquitas de madera, pero no conocíamos ninguna. Las comenzamos a contar y vimos cinco largas cabañas. Cada bloque tenía capacidad para cinco familias”, recuerda Andrade. Les costaba imaginar cómo podría ser esa semana. Les parecía raro no tener que llevar nada, ni teteras, carpas ni ollas, todo lo que alguna vez habían llevado a sus campamentos de verano.

Al bajar de los buses los llevaron hasta el patio para luego hacerlos pasar a los comedores, donde les explicaban las normas de convivencia y cómo funcionaban los balnearios. Si bien las familias tenían libertad plena para disfrutar de esa semana de descanso, el proyecto era colectivo, por lo que había reglas para asegurar el bienestar de todos y todas. Por ejemplo, en el comedor, cada persona tenía que retirar sus platos y dejarlos en unas bandejas grandes para el lavado. El orden, el aseo y la limpieza de todo el lugar eran por turnos. Cada día un bloque de cabañas se encargaba de lavar la loza, hacer el aseo de los baños, patio y comedor. Nadie reclamaba ni se molestaba; eran tantas personas que las tareas se realizaban rápidamente y así el resto del día era para jugar y descansar.

Andrade recuerda que ese verano tenía un himno: *Plegaria a un Labrador*, del cantautor Víctor Jara. La canción sonaba sagradamente

todas las mañanas por alto parlante y todo el mundo la entonaba al levantarse. Era una especie de impulso para iniciar el día, las tareas y, sobre todo, el descanso.

En cada uno de los balnearios las y los monitores dirigían las actividades para el día y la noche. Siempre había juegos, talleres, concursos; no había tiempo para aburrirse. María Angélica Barrientos recuerda que las actividades eran una opción, porque las familias también podían escoger tener un momento a solas en la playa o donde quisieran. Lo importante era que supieran que había cosas que hacer si lo deseaban. Todo estaba planificado. Las y los monitores se juntaban por la noche, evaluaban el día y creaban las actividades del día siguiente.

“En mi área se pintaba, se hacía muralismo, se enseñaban técnicas básicas de esténcil y grabado, todo junto con una educación de lo popular y comunitario, de lo que era el socialismo que queríamos alcanzar”, dice Barrientos.

Las actividades incluían talleres de teatro, baile y deportes, entre otros. Arturo Martínez fue monitor en el balneario de Santo Domingo, y recuerda que la gente proponía actividades y las organizaban, sobre todo las que tenían que ver con números culturales y artísticos. “Mis mejores recuerdos son del canto popular, porque me gustaba mucho el tema, entonces yo organizaba actividades en torno a eso. Recuerdo mucho a los cantantes Pedro Yáñez y Jorge Yáñez, que iban a los balnearios y compartían su canto”, relata.

Para esos veranos se organizaron giras artísticas y culturales en las que distintos grupos musicales y teatrales recorrían durante esos dos meses los diferentes balnearios populares. Así fue como en febrero de 1971 apareció sorpresivamente el grupo de rock chileno Los Blops, integrado por Eduardo Gatti, Juan Pablo Orrego, Julio Villalobos, Juan Contreras y Sergio Bezard, en las cabañas de Santo Domingo para animar la fogata y el guitarreo de la noche. Nadie podía creer que la reconocida banda nacional, liderada por Eduardo Gatti, estuviera sobre esa arena negra para compartir con ellos. Esa noche fue eterna, incluso para las niñas y niños. Ese verano, Los Blops pasaron

por Tongoy, Los Vilos, Papudo, Rapel y Santo Domingo. Se subían a los buses donde iban otros artistas y partían a un lugar diferente cada día.

La espontaneidad de las y los trabajadores convirtieron en una especie de ritual las fogatas hasta el amanecer, al igual que las noches de canciones, chistes, bailes y juegos. La brisa marina, helada al caer el sol, no era un impedimento a la hora de escoger una canción para el guitareo de medianoche o un baile para los más inquietos. Eran noches interminables en las que nadie quería dormir; todos luchaban para mantenerse despiertos, contra el miedo de que, al despertar, algo hubiese arrasado con todo y esos veranos se quedaran en un recuerdo lejano.

Risas que se convirtieron en silencio

La polarización política y la creciente violencia en el país se comenzaron a sentir durante el verano de 1972 y 1973. Cuando Nelly Andrade conoció a Gerardo Rubilar, encargado de abastecimiento de los balnearios, él enfrentaba algunas críticas en torno a la alimentación, pero su compromiso con el gobierno de la UP la enamoró.

Para Rubilar era fundamental que no se perdiera nada de comida, porque en aquel momento los camiones que salían de la CUT, cargados de mercadería para los balnearios, muchas veces tenían que enfrentar a miembros del grupo paramilitar de derecha Patria y Libertad que los interceptaban para robar su carga. Por lo tanto, no era fácil que los camiones llegaran completos, pero lo hacían. En muchas ocasiones los camiones tuvieron que ser escoltados por la policía y funcionarios de la seguridad municipal de las comunas donde estaban los balnearios.

Entre las y los trabajadores que iban a veranear, había militantes de partidos políticos de izquierda y también gente que no pertenecía a ninguna organización en particular, pero la mayoría tenía un compromiso social con el gobierno y su proyecto, recuerda Barrientos. El

canto, la poesía y el teatro era político y comprometido, y a pesar de las diferencias que pudieran existir entre los mismos veraneantes, todas las discusiones eran en un tono de respeto.

Era inevitable que la política fuese un tema, afirma Arturo Martínez, pero no porque eran militantes, sino porque eran personas sindicalizadas, o que habían participado en tomas de terreno, que veían en la política un espacio para la transformación social.

“Había discrepancias de cómo enfrentar el proceso, pero era bonito porque se hablaba, se aprendía. En ese tiempo había mucha cultura política”, explica.

Si bien los balnearios aspiraron a entregarles lo mejor a las y los trabajadores y sus familias, entre el olor a mar, la arena gruesa y las dunas, se notaba una diferencia abismal entre quienes iban a las cabañas populares y la clase social que vivía en esas playas. Tal vez fue esa realidad injusta lo que alentó a algunas familias que veraneaban en el balneario de Las Cruces a buscar un enfrentamiento con la gente de la comuna.

“Fue una insensatez –cuenta Barrientos–, nos fuimos al pueblo, todo el campamento, con guitarras y cantando llegamos a la playa. Nos instalamos y nos fueron a echar con la policía. Se armó una pelea y toda la gente estaba muy identificada con sus posturas políticas. Estaba Patria y Libertad ahí”.

Esa aventura les costó varias noches en vela. Las familias se tuvieron que organizar y hacer guardias nocturnas porque se veían antorchas dando vueltas por fuera de las cabañas, por lo que pensaron que en cualquier momento podrían atacar el balneario. Pero nunca pasó nada; todo quedó en una amenaza, una provocación.

Hasta ese momento María Angélica Barrientos nunca había salido de su casa. Fue ese verano el que la hizo crecer y vincularse de forma real con el trabajo de la UP. “Fue todo tan rápido, todo tan corto, fue como las ganas de empezar algo y nos cortaron de golpe las alas”, reflexiona.

Una promesa que desapareció en el mar

En 1973 Barrientos no fue a trabajar de monitora a los balnearios. Estaba embarazada y tenía otros compromisos, pero no se imaginó que no volvería a pisar la arena gruesa de Las Cruces. En septiembre de ese año las y los trabajadores vieron derrumbar su República. Poco después, los balnearios populares se cerraron abruptamente.

Los militares se apropiaron de las cabañas de veraneo en Santo Domingo, Pichidangui, Puchuncaví y Ritoque. Eran lugares perfectos, lo suficientemente grandes y equipados para sus nuevos planes. En el balneario de Santo Domingo fueron concentrados jóvenes conscriptos del Ejército y suboficiales de Carabineros que prontamente se transformarían en agentes represores.

Santo Domingo se convirtió en la primera escuela de instrucción de agentes de la naciente Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), dirigida por el coronel Manuel Contreras. Poco después, el extinto balneario popular se convirtió en un sitio de detención y tortura, uno de los más de 500 centros de prisión política en Chile.

Mientras, en Puchuncaví y Ritoque, las cabañas fueron ocupadas para mantener a prisioneros políticos. Los 16 balnearios restantes fueron repartidos por las Fuerzas Armadas como botín de guerra. Algunos hasta el día de hoy funcionan como cabañas de veraneo para militares.

La promesa de la Unidad Popular, las cabañas a la orilla del Pacífico y el sueño de las y los trabajadores, desaparecieron en el mar.

Referencias

Allende, S. (1970). Para qué hemos vencido. Discurso proclamado en el Estadio Nacional un día después de su triunfo electoral. Documento de archivo en *Los mil días de Allende*, Fontaine A. y González Pino, M. (1997) Centro de Estudios Públicos.

Frei Montalva, E. (2017, febrero). “Veranos en un país que ya no existe”. Santiago: El Ciudadano.

Lawner, M. (2018). *La construcción de un sueño. Sitio de Memoria Rocas de Santo Domingo*. Chile: Fundación por la Memoria San Antonio.

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (1966, 25 de agosto). Decreto 483: Aprueba la Ley Orgánica de la Corporación de Mejoramiento Urbano. Santiago. <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?i=13698&f=1968-02-08>

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (1970, 20 de noviembre). Decreto 755: Comisión Coordinadora del Plan de Balnearios Populares. Santiago. *Archivo Corporación de Memoria y Cultura Puchuncaví*, http://melinka.proyecto.pw/uploads/r/archivo-corporacion-de-memoria-y-cultura-puchuncavi/4/6/464/MINVU_COMISION_COORDINADORA_BALNEARIOS_1970.pdf

Rebolledo, J. (2013). *El despertar de los cuervos*. Santiago: Ceibo Ediciones.

Segovia, A. (1972). *Un verano feliz*. [documental]. Departamento de Cine y Televisión de la Central Única de Trabajadores CUT. <https://www.youtube.com/watch?v=BwqXdtx5gZU>